

quite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Clodio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Así permaneció encendido el fuego de la intensa pasión en que ardía Fulvia. Imaginaos la cabeza de Medusa, que hiela, en cuantos llegan á contemplar sus gestos, de horror la sangre; imaginaos esas Gorgonas cinceladas por los buriles del Renacimiento en los escudos y timbres del ejército; imaginaos esas furias transmitidas hasta nosotros, cuyos ojos airados, cuyos labios vibrantes de odios, no alteran la olímpica gracia; imaginaos Medea en el momento de trucidar á sus hijos y arrojarlos disyectos á los pies de su padre Jasón: quizás con estas imaginaciones adivinéis toda la reconcentrada ira de Fulvia, en su furor adscrita, desde la muerte del esposo, á procurarle una cruentísima venganza. Para ella no lo mató la banda informe y tumultuosa de Milón, su rival; no lo mató la cólera de Pompeyo, apenas consistente y duradera en ánimo sujeto á continuas alteraciones, si encrespadas, fugaces; lo mató el destierro de Cicerón, quien, muy envane-

cido por sus luchas con la demagogia y muy pagado en su vanidad femenil de que nunca levantaría la cabeza quebrantada por sus plantas, encontró el espíritu de Catilina transmigrado á Clodio y el puñal de los catilenarios en manos de tan excelso tribuno, rico, elocuente y hermoso. Los dioses domésticos, los dioses patrios, los dioses infernales invocó Fulvia en su odio, después de haber acumulado el oro que pudo granjearse y las armas y los partidarios contra el orador aborrecido. Esta Catilina con faldas, tan aviesa como su modelo, acariciaba el propósito de vengar á su Clodio con una vehemencia y lo ponía por obra con una tenacidad sin ejemplo. Figuraos un partido sensual compuesto de muy exaltados epicúreos, con semejante mujer á la cabeza, mujer sin más entrañas que las necesarias al sustento de sus placeres, y os formaréis idea del monstruo á quien Cicerón había pisado en la segunda mitad de su vida. El hado le persiguió bien trágicamente y le llevó á bien horrible desastre. Él no supo, no, conjurarlo; por lo contrario, provocólo con terribles retos. Milón, el asesino de Clodio, alcanzó la defensa de su inmortal palabra. Proscrito en Marsella por las acusaciones públicas, Cicerón lo defendió en el tribunal con todos sus recursos, y en tal defensa no perdonó medio ninguno de presentar á Clodio como



un demagogo, como un ladrón, como un asesino, como un terrible incendiario sustentado en sus crímenes por su mujer, de quien nunca se apartaba, cual si fuera su alma. El majestuosísimo sitio donde lo inmolaran, aquella vía triunfal de sepulcros magníficos y de monumentos maravillosos que iba desde las puertas meridionales de Roma hasta las aguas marinas de Ostia, vía por un predecesor de Clodio abierta, sirvióle á motejarlo más y más de indigno, y á echar, como nefastas maldiciones de la conciencia humana, sobre su cadáver y sobre su memoria los manes de tanta ilustre ascendencia y la grandeza y esplendor de su nombre. La ira de Fulvia no conoció límites, viendo á Cicerón defender el asesino de su esposo, y, para defenderlo, vejar á éste, muerto y enterrado, con todos los vejámenes que podían ocurrirse á su abundante y amplísima elocuencia.

En Enero de 701 mató Milón á Clodio; en 25 de Febrero acusaron al uno las gentes partidarias de la persona y de la política del otro, y en 8 de Abril ¡ah! pronunció el gran orador la defensa de su asesino. Herida profunda indudablemente abrió en su alma el día y el resultado nefastos de aquel discurso. Fulvia se las compuso de manera que la palabra más alta de Roma encontró en los jueces y en las muchedumbres un irreparable fracaso. No

pudo Cicerón hacerse oír. Colocados los partidarios de Clodio frente á la tribuna, llenas las galerías circundantes de gladiadores en armas, no logró su elocuencia incomparable abrirse paso hasta el corazón de su enemigo auditorio, que opuso la burla, el escarnio, el estruendo, el insulto, al más avasallador de todos los poderes intelectuales. Más acompañada, mucho más música la elocuencia de griegos y romanos que nuestra elocuencia moderna, el desconcierto aquel desconcertó completamente á Cicerón. El discurso no llegó á su término. La plebe clodiana fué con él tan terrible como la plebe catilinaria. El tribunal confirmó la sentencia de destierro contra Milón. Habíase recogido el discurso pronunciado, que menciona en sus instituciones oratorias nuestro ilustre Quintiliano, y todos unánimes lo declaraban inferior á la fama y alteza del maestro. Conviniendo en ello éste, no quiso legar á la posteridad aquel esbozo borrado por la inquina de sus enemigos, y compuso muy reflexiva y cuidadosamente otra mejor arenga. Cuando, terminada, se la remitió á Milón, éste, muy chusco y muy escéptico, le dijo que, si como escribiera tal defensa después del juicio la pronunciara en el juicio mismo, no se hallaría, no, su defendido comiendo las ostras de Marsella. Tal oración, escrita y no hablada, en que las violencias de pa-



labra jamás se cohonestaran con el pretexto de la improvisación y con las sugerencias de los exaltados apasionamientos, prueba cómo reinaban la ira y la venganza en aquellos duros tiempos. Milón, un asesino al cabo, siquier asesinara persona tan perversa como Clodio, es denominado héroe de la patria. Las tropas, que rodean la tribuna, son denunciadas por una sabia perífrasis, no de auxilio y seguro para el orador, sino de auxilio y seguro para sus enemigos, colocadas allí, so pretexto de rechazar la violencia, con el propósito de ofender y perturbar la defensa. Los clamores del pueblo no van, según el texto de la defensa, tanto contra el defensor como contra los jueces. El asesino verdadero no resulta en aquel texto suyo Milón, matador, no, resulta Clodio, muerto. Un jefe de banda, tan vulgar como su cliente, aparece allí puesto junto á Escévola y Escipión. El asesinato parece un reo. Sus voluptuosidades, sus juegos, sus orgías, las mujeres á quienes amara, su Fulvia, semejante á la musa del odio, todo va pasando en aquellos inmortales períodos tan rotundos con la marca de perdurable infamia. Pero el defendido salió condenado. Cincuenta y un jueces lo juzgaron, y de los cincuenta y uno sólo trece votaron en su favor. Los bienes fueron vendidos en almoneda pública, y, á pesar de sumar sesenta millones de pesetas, no

bastaron á cubrir sus deudas. Tres sentencias condenatorias cayeron sobre su persona tras la sentencia que no pudo impedir Cicerón. Sin embargo, Fulvia no se creía vengada todavía. Su cólera no buscaba tanto al reo como á su defensor y vocero. Éste debió temblar cuando supo que se hallaba entre los acusadores de Milón un hombre como Antonio, en quien hizo presa Fulvia para procurarse la terrible venganza.

Este Antonio, por lo mismo que había sido toda su vida un soldadote, se daba sin escrúpulo ni freno á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules, y, en efecto, no supo apartarse ni un momento de su respectiva Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió siempre. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación queda siempre. Fulvia debió seducirlo y avasallarlo, no para satisfacción de su amor, para satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguno como él podía con sus fuerzas brutales aplastar á Cicerón. Fulvia lo tomó como pudiera tomar una espada, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su dama se completaban grandemente. Fulvia no parecía la mujer, sino el compañero de Antonio. Forzada como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de mús-



culos vigorosísimos, era como un verdadero centurión. Erguidísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, ancho de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable al combate y al placer, merecía y justificaba su descendencia del divino Hércules. Un milite, un bárbaro, el pretorianismo hecho carne, y hueso, y sangre; tal era el nuevo esposo de Fulvia. General, se le hallaba más en la cantina que en el Pretorio; ciudadano, más en la taberna que en el comicio. Aquel hombre había de acostarse todas las noches con su mujer y con su espada. El pretoriano le quería, porque jugaba con la gente militar á los dados, con la gente militar se reía y trincaba. Ebrio siempre, no perdía el seso nunca si de cosas guerreras se trataba. El cielo habíale concedido un dón suyo tan precioso como el dón de la elocuencia, ruidosa, fastuosísima, oriental, en sus labios. Crecido entre asaltos, despojos, sacos, incendios, matanzas, no conocía el precio de la vida humana ni el valor de la propiedad particular. Él mataba las personas como si fueran moscas y entregaba los tesoros de otros á quien le parecía como si fueran suyos. Robó mucho, pero también repartió más que robara. Su odio á Pompeyo provino de haberle pedido el precio de una casa que le vendiera. Dos cualidades tenía, la de retórico y la de actor. Hablaba profu-

samente, con mucha copia de imágenes. Representaba todos los papeles, pero con la inmensa distancia de sus modelos que hay desde el teatro al mundo. Caricaturaba perfectamente á César, pero no hacía más que caricaturarlo. El dictador le amaba mucho, porque le parecía la fuerza material necesaria para cumplir sus ideas. Cuando entró en Roma tras el triunfo en España, llevólo consigo sobre su carro. Calpurnia le dió el testamento y el tesoro de César, pero no pudo, no, darle su genio y su espíritu. Hombre tan extraordinario se llamó con razón la espada de Fulvia. Ésta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Cien veces combatió á su lado, cien veces compartió sus peligros y cien veces holgóse creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

Imaginaos el desvarío de aquella mujer al creerse ama de Roma por su marido. Éste parecía César en el momento que sobrevino la muerte de César. Cuatro propicios factores entraron en su rápida fortuna, el testamento, el tesoro, el archivo de Cé-



sar y el discurso que pronunciara contra los asesinos de César en los horrorosos funerales de éste. Tal discurso pasa con razón por uno de los más bellos monumentos que ha dejado en el mundo y en el tiempo la palabra humana. Dicho en hora suprema, no concuerdan los historiadores múltiples de tal hora en su autenticidad. Mientras unos dicen que habló muy largo y muy bien, dicen otros que redujo todo aquel acto á la simple lectura del testamento de César comentada por varias oportunas palabras. Quien más, entre los primeros ingenios del mundo, ha extendido la fama del discurso de Antonio, es el inmortal Shakespeare en sus tragedias romanas. Prodigio verdadero de oratoria persuasiva, quedará como perdurable tipo de las gradaciones pérfidas y sabias. Asombra ver el arte con que se ha sustituido el dramaturgo al personaje y ha llegado por transiciones de un matiz apenas perceptible desde los elogios mayores á los asesinatos hasta la indignación más asoladora contra ellos. En muy poco tiempo y en serie muy ligada y sistemática pasa desde el tono apologético á las acusaciones, y no sentís ni la brusquedad ni el sacudimiento de tan extraño cambio. Ciertó que la primera arenga de Antonio, la considerada universalmente por auténtica, se halla en Apiano, que la pone con suma oportunidad en su libro histórico

de las guerras civiles, fuente copiosa de todas estas narraciones. Pero la existencia del discurso en tamaño libro y su indudable semejanza con el trazado por dramático tan sublime como Shakespeare, no quita ni un ápice al mérito de la obra de éste. ¡Cuán humilde Antonio en los comienzos, antes de llegar al estallido de su soberbia! Proponiéndose como fin del discurso la inmolación de los conjurados, inícialo por sus alabanzas. Hay tal arte, que la hipocresía parece allí sinceridad, buena fe la terrible astucia y el odio puro candor. Antepone la honra de Bruto á todo; y, por lo mismo, insinúa que acaso acertó llamando ambiciosísimo al dictador. Y, sin embargo, César lloraba cuando el pueblo gemía, César emprentaba dinero y contraía deudas para que comiera el pueblo. César rehusaba la corona real ofrecida por la mano misma de Antonio en las fiestas lupercales y consagrada por las aclamaciones del pueblo. Cuando se oye decir de hombre tal que fuese ambicioso, cree uno la razón humana fugitiva de nuestra especie y refugiada en las bestias. Aquel hombre divino, que tronaba en la tierra como Júpiter en el cielo, cuyo aliento movía las vencedoras águilas que llevaban en sus garras naciones al Capitolio, no mueve muerto ni una hierbecilla que pudiera mover el soplo de cualquier niño. Reyes perdonados por él, patricios por él he-



chos reyes, cansados de arrastrarse cuando vivía, se han erguido á una sobre los escombros del coloso y lo han insultado porque no podía responderles. Tras este dardo venenoso lanzado al corazón de sus enemigos, Antonio invoca el testamento, donde se hallaban uno por uno con sus legados correspondientes y sus provincias adscritas los bravos asesinos. Y no solamente se hallaban ellos, Casio, Casca, Bruto, Címber, cuantos le hirieran, sino también todos los ciudadanos de Roma, herederos suyos y dotados con parte considerable de su fortuna. El alma se le salió del cuerpo para ver, sin mediación de los sentidos, ¡oh!, si era verdad que Bruto, á quien había amado, no como ama un padre, como ama una madre, si era verdad que Bruto lo mataba. Y cuando á estas consideraciones el pueblo vociferaba, cual si le cayesen gotas de plomo derretido encima, retornaba con arte sumo Antonio á las atenuaciones y decía no querer continuar, conociendo que los ciudadanos de Roma, como no hechos de leña ó piedra, sino de carne y hueso, apenas podían contener la emoción causada por el horroroso espectáculo de tanta ingratitude. Añadid á todo esto la figura del general, vaciada en cera y cubierta con las heridas que parecen bocas hablando; los nombres de sus victorias escritas en letras fulgurantes; los trofeos de

mil batallas colocados teatralmente; coros de varoniles voces entonando versos heroicos de merecidas alabanzas; el pueblo necesitado por completo de un dueño, ya que no comprendía la libertad; los veteranos rabiosísimos y delirantes, y comprenderéis cuánto pasó tras de aquel discurso fúnebre y aquella festividad religiosa; comprenderéis que los ciudadanos echaran ofrendas á millares en su pira voraz; que las damas se desprendieran de sus joyas y hasta los niños de sus juguetes para desvanecerlo todo en las llamaradas siniestras de aquel holocausto; que los fanáticos recogieran los tizones de la hoguera y se marcharan desalados á incendiar las casas de los tiranicidas; que cien y cien supersticiosos, al ver un cometa en los aires, lo tomaran por el espíritu divinizado de César, y creyéndole ya sobrenatural, olímpico, puesto por mandato de los dioses mismos entre todos ellos, se arrojaran al suelo con la esclavitud en el alma pidiéndole á voces y á una su amparo y su Providencia. Pero en realidad quien se creyó desde aquel entonces la Providencia de Roma y de los romanos fué sin duda de ningún género el insensato Antonio.

Fulvia reinaba sobre Antonio y le impelía con furor á la dominación para el desquite apetecido. Pero Antonio, comprendiendo la complicación en aquel momento de los factores que componían



la suma llamada pueblo rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiempo y al poder de las circunstancias. Así adulaba de continuo á los senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos y procedía con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros del dictador sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste sobrino de César. Pero el dictador, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier de adopción, parece imposible que tomara encarnación y forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un heraldo. Así que oía un trueno se ocul-

taba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes era cruel. Este hombre debió haberse las con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarlas por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedirle nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole bastante fuerte para combatir al pretoriano y bastante sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido Fulvia le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo en las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y á su mujer la venganza. En tal estado las cosas, la cabeza de Cicerón estalló y el genio maravilloso de su elo-